

**"MULTITUD" CON EL PUEBLO,
con el gobierno del pueblo,
con todas las fuerzas del gobierno del pueblo.**

MULTITUD



**ARTE Y CIENCIA LITERATURA
POLITICA Y POLEMICA
FILOSOFIA SOCIOLOGIA ECONOMIA
EDUCACION
TODAS LAS CULTURAS
SEMANA A SEMANA
DIRECTOR: PABLO DE ROKHA**

CINCO CANTOS ROJOS Abrazo a la Internacional Sindical Roja

Por adentro de tí, arrastrando los siglos incendiados, galopa la historia, galopa la cólera social de los hambrientos, galopa la revolución, galopa el mundo y sus multitudes de muche dumbres enfurecidas, galopa la estrepitosa carrera de los explota- (dores,

frente a frente al alto puño santo de la clase obrera, galopan los cosacos y los bandidos imperialistas, galopa el cadáver de Trotsky.

Gran madre universal, madre y poema, océano sin dioses vendidos, el oleaje de los procesos dialécticos, atruena tus fronteras, el ramaje arterial circula tu organismo, en enormes ríos rojos, que resuenan, que estallan, que revientan en el corazón de las células, y la justicia de Dios, relumbra medio a medio de tu frente obrera, como un sol de oro, como la espada desenvainada de la humanidad, como un toro de sangre, como la Hoz y el Martillo de los trabajadores, como el terrible y santo nombre de Lenin, entre su tremendo acero sangriento, como la estrella roja...

La cabeza de Marx, toda de piedra y fuego, toda de piedra y hierro, en cien kilómetros a la redonda, brilla, cubriendo el volúmen del universo entero, cubriendo



LA IDEA FIJA

(Continuación)

con su boca de avidez. Quiero acariciar por última condenación, no me robes los trajes de seda de las mujeres fetichistas, acariciar por última vez las piernas y los muslos y el vientre y los senos y el mentón de todas las mujeres del mundo. Ellas entran al dormitorio infernal con sus peinados altos y sus ojos relampagueantes de fosfato, sus dientes muerden mi brazo derecho, que tú médico imbecil pides que escriba si las mujeres las veo dónde, a la hora de la tarde o a la hora de la mañana o a la hora de la medianoche. Para que sepas que subimos una escala de vidrio y todas gritaban de satisfacción porque nadie las controlaría ya nunca para siempre. Y ellas besan hasta los árboles sexuales y se sacan los soten-senos y tienen los ojos brillantes con belladona dices que se los lavan con agua de amor. Y son ellas grandes y apenas yo las miro cuando sus hombros se mueven ofateando el cielo. Sus axilas donde todas se miran a carcajadas. Ellas son relucientes y blandas y forman como un cojín de mujeres y yo me duermo con delicia. No des esos golpes de reloj como si estuvieras golpeando mi pulmón. Que todas las mujeres se dispersarán por el remolino de furia que yo no quiero extinguir para siempre ya nunca. Que alguna ventana donde la luz traspasa la luz cañosa, la luz que me hace caer de rodillas, a las rodillas de las mujeres amadas por... que huyen de la presencia real seductora y me preparan un vaso de limón y sacan los perfumes de sus cabelleras que beso en sus propias manos donde la aurora es total narcótico cuando una vez esta medianoche no me distraigo, ya han venido, ya están junto a mí yo debo salir a pedir sus trajes de seda sus zapatos de baile, yo quiero, te narcotizaré, te besaré una vez que estemos narcotizados por el amor. Nada de desfallecimientos. En mi nombre y en el tu-

yo, nadie sabrá lo que aquí ha pasado por las calles que cambian para no confundir el sitio donde yo a esta hora de medianoche debo entrevistarme para amar desnudando de sus trajes de seda, de sus zapatos de baile, donde yo debo amar a todas las más fascinantes y bellas mujeres del universo.

Alguien transporta al Parque Forestal — inducido por un designio tenebroso — la bomba que va a hacer estallar el mundo, a diseminarlo convencionalmente en partes de bien y en otras partes de mal.

Grandes resplandores cruzan tardíamente por la inteligencia de un ser consagrado a la tarea de olvidar lo que fué el amor, o más bien lo que fué él frente al amor, mucho antes que se arrojara con frenesí sobre las pasiones, sin que ningún freno, la moral, la religión o la policía, interviniera para arrebatarse su vida, su idea fija, sus ojos desencajados, su pupila criminal, sus manos a quienes la reprobación de todo el mundo hacía blandir una daga por sobre cabezas petrificadas. Estos resplandores, de los que él muy bien quisiera apartarse para lograr hacer más mortal el bebedizo de la luz, reflejan con desorden bellas creaturas que descienden desde su cerebro hasta la punta de los pies, cubriendo su cuerpo invasoramente de otras manos, de otras epidermis, que obran como un injerto, sin que ya él separe sus propios sentidos de los que se incorporan a raíz de un sueño.

Todo se hará sospechoso cuando él ande. Su risa frenética, sus vestidos, sus cartas de que dispone. El grita con horror:

—Yo no puedo morir, una idea me posee. Estos árboles son míos, nadie puede plantarlos, sino yo. Es preciso conducirme a los manicomios. Una mujer mía despierta. El amor exagerado cuyas ideas se combaten con palabras. No, no, no, no, no, no, no respiréis.

¿Puede, por lo tanto, imaginarse algo más atroz que no ver sino órganos genitales femeninos, un sexo de amor, un sexo envenenado, detrás de los vestidos, dónde la muerte permanecerá allí, o en una habitación cerrada, o en un tonel de champagne, porque ahí las mujeres más crueles, las desterradas por la existencia cruel, ahí las mujeres más preciosas que piedras preciosas, comprenden el amor que se describe a un movimiento de labios, de terror, de adopciones inesperadas?

Un hombre ejerce el control sobre sus sueños. La muerte vigila, yo vuelvo a mis antiguos amores.

El hombre se hunde en un lecho de barro. Tiene las manos amarradas a la espalda.

Grandes resplandores cruzan tardíamente por la inteligencia.

ENTRE TANTO BERINECE SONARA QUE ELLA HA SIDO ENCARGADA DE LLEVAR UN CABLE CIFRADO A UN DESCONOCIDO QUE LA AGUARDA AL FINAL DE UNA AVENIDA

A partir de ese momento la cuerda (el cable) se convirtió en una lengua enorme que ella (Berenice) arrancaba de la superficie del mar. Gracias solamente a su fuerza multiplicada ella pudo arrastrar el pesado objeto que se desartollaba sin perder su raíz marítima. El océano empezó a gritar y Berenice sintió tal terror, como si una muchedumbre enfurecida la persiguiera, que se detuvo y miró atrás. Cada cien metros de cuerda había un nudo formado por cabezas de mujeres. Esto era como una señal. Al fondo de la avenida aparecieron dos ojos enormes. Por ellos se veían pasar dos cintas veloces. En esas cintas (como de papel) estaban escritas dos frases. Una de ellas decía: LOS PRESENTIMIENTOS DE LA MAÑANA. Y la otra: NUNCA ES TARDE PARA CONVERTIRSE EN LOBO. Berenice no logró interpretar estas

dos frases, pero sí reparó en el hecho material que las cintas no eran más que la continuación de la propia cuerda que ella tenía sujeta en las manos y que al pasar por las cavidades de los ojos se revelaban, o mejor, ponían en evidencia el secreto de ese cable cifrado, el misterio del nudo de mujeres.

El hombre que en ese instante había deseado dormir, como obedeciendo a una orden inconsciente, estaba al final de la avenida recogiendo la cuerda, la que, cada cien metros, le traía una docena de cabezas de mujeres decapitadas. En su apresuramiento por recoger estos restos que el mar abandonaba, hacía correr el cable a una velocidad verdaderamente satánica, y así se explica que Berenice viera pasar rápidamente las frases a través de las cavidades luminosas de los ojos. El hombre solamente podía leer algunas palabras, que él interpretó como si pertenecieran a una frase incoherente: LA MAÑANA ES TARDE EN LOBO. Una sensibilidad licantrópica le dominó desde aquel momento. Corría por "la selva de los sueños" convertido en lobo. Las ramas de los árboles le destrozaban los ojos. Un reguero de sangre marcaba su paso. Él se repetía con timidez: "Yo soy un lobo. Yo soy un lobo. Yo amo yo te amo. Me amarras la garganta con un cable. Yo soy un lobo desconocido".

Aún grita:
—Estos árboles son míos. Nadie puede plantarlos, sino yo. Estos árboles me obsesionan. ¿Por qué son femeninos? Ellos acabarán por hacerme encontrar la salida de esta selva, por hacerme encontrar una ciudad infestada.

Una máquina infernal estallaba con lentitud, permitiéndome seguir todo el proceso de su fantástico desarrollo. Primero ella se abría como una flor monstruosa, en seguida los pétalos se extendían tentacularmente a través de los árboles del Parque.

(Continuará)

B.

A.

CARLOS DE ROKHA

LIBERACION

Yo he masacrado, deleitándome, a una rana y a un cuervo, con placer inaudito, extraviante, bendiciendo sus entrañas, así dejadas al contacto de estos esenciales vientos rituales, que mojaban mis labios de crueldad infinita y demoníaca. Los dos estando mudos, parecían un dulce acto de magia, un recuerdo de atroces instintos, una visión de maleficio y ráfaga, una visión ensoñadora, total, dibujo espantoso de Peter Breughel, una descripción lujuriosa del Marqués de Sade, una página delirantemente dolorosa de Mischiwckz o bien un poema alucinante de William Blake.

Más blasfemaban a Dios, odiando el mundo, me invocaban la piedad, haciendo

gestos humanos, volviendo al cielo sus ojos porque indudablemente estaba del color de los míos.

Entonces, mis labios pidieron perdón por haber perseguido a los cuervos, guiándome, siguiendo su sombra que tienen los jardines, según el dulcísimo canto de las ranas, ya fuese con una pluma sanguinaria o con el látigo, que yo maldecía, de mis propios verdugos: Yo que coleccionaba los cuervos, que creía nupciales a las ranas.

Nuevamente me arrepentí de aborrecer a las ranas, porque ellas conducen a los ciegos hacia los oasis durmientes en que repugnantes algas negras se extienden sobre el cadáver del guerrero, salpicadas de

menudas cenizas, de pedazos de flores sumergidas (con que yo me embriago) arrojadas a los perros, hechas de débiles reflejos.

Arrodillándome, con el ángel brillante del vino entre mis manos sangrientas (tenebroso ángel cuyas alas quemantes torturan mi conciencia) acaricié la piel obsesionante, la piel bendita de esas bellas ranas que asustan a los niños más azules, de esas ranas superfluas que adornaban la alcoba de los esclavos, y con un raro capricho, la de las princesas.

Acaricié, deslumbrándome, esos cuervos que habitan la selva devoradora de los sueños donde los lobos destrozan mi cuerpo y mis cabellos.

C.

DE

R